

CAPITULO XCV.

Guerra de Austria.—Viaje del infante D. Felipe.—El cardenal Fleury.—Triste situación del ejército de Montemar.—Escuadra inglesa en Nápoles.—El rey Carlos obligado a la neutralidad.—Destitución de Montemar y Castelar.—El conde de Gages.—Batalla de Campo-Santo.

Los negocios de Austria, tan desfavorables en un principio para la emperatriz María Teresa, habían tomado un rumbo próspero. Aquella Princesa, que perdida la Silesia, la Bohemia, toda el Austria superior y parte de la Moravia, y apurada por los prusianos, bávaros y franceses, se había visto precisada á abandonar la capital del imperio y á retirarse á Presbourg, se entregó á la confianza de sus húngaros, les presentó á su hijo el archiduque, vestido al uso del país, imploró su auxilio, los interesados, movió sus corazones, y aquel pueblo hidalgo se levantó en masa, incluidas las mujeres, en defensa de su Reina; formáronse como por encanto numerosos cuerpos de ejército, y en medio de la estación más cruda se arrojaron intrépidos sobre los franceses, los arrojaron del Austria superior, los encerraron en la plaza de Lintz, los rindieron en ella, la Emperatriz pudo restituirse á Viena, y tras ella, más de cuarenta mil almas que por miedo se habían salido, y quedó desembarazada para enviar á Italia un cuerpo considerable de tropas, que ocupó una parte del territorio de Módena ántes de la llegada de los españoles.

Sabidos en Madrid estos sucesos, se apresuró el viaje del infante D. Felipe á Italia, que estaba premeditado, habiendo ofrecido Francia veinte mil hombres de sus tropas que se habían de reunir al infante español para hacer frente á los austro-sardos en Lombardia.

Nombráronse los jefes de la casa del Príncipe, y diósele por ministro al marqués de la Ensenada: acompañábele un cuerpo de ciento cincuenta guardias de Corps. Pero el cardenal de Fleury, que siempre había mostrado poco interés por las cosas de España, atendió más á reforzar el ejército de Bohemia, mandando pasar allá el que estaba en Westfalia para contener en sus victorias á los húngaros y austriacos.

Cuando el infante español llegó al puerto de Antibes, no sólo no se le juntaron las tropas prometidas, sino que ni permitió el Cardenal que las escuadras española y francesa que estaban en Tolon favoreciesen el transporte del Infante á Italia, como hubieran podido hacerlo unidas, contrarestando la armada inglesa que estaba á la vista de aquel puerto. Así se malogró la ocasión de ejecutar el intento y fin que la corte de España se había propuesto con la precipitada marcha del infante D. Felipe.

Aunque el marqués de Castelar, que mandaba las tropas españolas del segundo convoy, había logrado incorporarse con las de Montemar en Pésaro, donde estaban también las de Nápoles, capitaneadas por Castropiñano, había sido tal y tan escandalosa la desercion, que el ejército aliado se hallaba reducido á la cuarta parte. Sin embargo, apurado Montemar por las órdenes apremiantes del ministro Campillo, y animado con la esperanza que éste le daba de que pronto llegaría con una fuerte division el infante don Felipe, movió su campo y llegó hasta las puertas de Bolonia, donde, á pesar de su vigilancia y la de los demas jefes, se le desertaron más de tres mil hombres, sin que pudiera saberse su paradero, porque los boloneses, enemigos de la casa de Borbon, los ocultaban y encubrían.

Nunca se había visto desercion igual en las tropas españolas; no había disciplina en las napolitanas; contagiábanse y se viciaban mutuamente unos á otros, y todo era robos, saqueos y desórdenes.

El rey de Cerdeña, ya aliado de Austria, y el general alemán Traun, cada uno con poderoso ejército, se venían encima de los españoles, y para que todo fuese fatal y adverso, el duque de Módena, que por un tratado con el rey de España debía asistir á Montemar con siete mil hombres y franquear una de las plazas fuertes de sus estados para almacenes, á eleccion del general español, poco á poco fué eludiendo el compromiso, resolviendo por último retirarse á Venecia.

Era, pues, imposible en tal situación atacar con éxito á los enemigos, y era muy difícil estar á la defensiva. Y con todo esto no cesaba el ministro Campillo de apretar con órdenes para que se diese la batalla, acusando al de Montemar de lento y tímido para precipitarle.

Con tal motivo celebró el Duque un consejo de oficiales generales, los cuales, casi por unanimidad, acordaron enviar al Rey una representacion enérgica, exponiendo las gravísimas razones que tenían para no obedecer las órdenes del ministro.

En virtud de este acuerdo levantaron ambos ejércitos con la mayor precaucion el campo, y se encaminaron á Bendeno, no sin ser muy molestados en su marcha. Allí se fortificaron, y permanecieron más de un mes, con la vana expectativa de que el infante don Felipe con el general Glimes se abriera paso por Génova, y acometiera las plazas de Lombardia, y distrajera por allí al enemigo.

Mas las naves inglesas, que bloqueaban á Tolon y vigilaban la costa, no permitían el paso á ningún buque español ni frances, sin que el cardenal de Fleury se diera por sentido, ni se viera una sola disposicion suya para enfrenar la osadía de la escuadra británica, despues de haber dicho en son de amenaza hacia pocos meses que miraría la presencia de los navios ingleses en aquellos mares como un rompimiento.

Aquella política ambigua, irresoluta, incierta, del purpurado ministro frances, pero nunca favorable á los intereses de España, causó un daño inmenso á nuestra nacion y á la empresa en que se había empeñado: no quedó al Infante otro arbitrio que abandonar la costa de Génova, é internarse por el Delfinado para pasar á Saboya, lo que no pudo verificar hasta el mes de setiembre.

Entre tanto, Montemar, privado de este socorro, continuando la desercion de sus tropas, sabiendo los progresos de las armas húngaras y austriacas en Alemania, las derrotas de los franceses en Bohemia, el tratado de paz del rey de Prusia con María Teresa, á que se adhirió también el de Polonia, que otro ejército imperial se aprestaba á invadir las Dos Sicilias, y que el rey de Cerdeña y el alemán Traun, despues de apoderados de Módena, se dirigían á pasar el Tanaro con intento de tomar á Rimini y cortar la retirada, anticipóse á levantar el campo de Bendeno, y marchando los ejércitos enemigos en líneas paralelas, logró el de Montemar llegar primero á Rimini, en junio de 1742, donde se mantuvo algunos días esperando á los enemigos en orden de batalla.

Como allí recibiese noticias fidedignas del peligro que corría el reino mismo de Nápoles, consideró como de la mayor necesidad y como su más urgente obligacion cubrir aquel reino, á cuyo fin determinó situarse en Foligno, donde llegó el 22 de agosto.

En efecto, la escuadra inglesa se había presentado repentinamente delante de Nápoles; un capitán saltó á tierra, é intimó al monarca napolitano que se declarara neutral en aquella lucha, ó de lo contrario bombardearía la ciudad; como los ministros intentaran entrar en negociaciones, sacando el capitán su reloj y poniéndole sobre la mesa, «necesito, les dijo, la respuesta dentro de una hora.» A tan ruda intimacion, y con el fin de salvar á la capital de la destruccion que la amenazaba, el rey Carlos, cediendo á la violencia, se comprometió por escrito á guardar la neutralidad más estricta. En su virtud se despachó inmediatamente orden al marqués de Castropiñano para que se retirara con las tropas napolitanas, dejando solo á Montemar con los españoles, golpe fatal para el general español, por más que muchos soldados napolitanos se negaran á seguir al suyo prefiriendo continuar en nuestro ejército.

Montemar se disponía á salir de Foligno obedeciendo órdenes recibidas de Madrid, cuando el 9 de setiembre de 1742, llególe un expreso en que se le mandaba volver á España, so pretexto de achaques y falta de salud de que él no se había quejado, y que le acompañara el marqués de Castelar, entregando el mando del ejército á D. Juan de Gages, que era el teniente general más antiguo.

El ministro Campillo había al fin logrado sacrificar á aquel general benemérito, objeto constante de sus envidias.

Obedeció el ilustre caudillo, y juntos ambos generales emprendieron la vuelta á España, y despues de haberse detenido en Génova aguardando inútilmente contestacion del ministro á instrucciones que le pidieron, y no sin correr grandes peligros de caer prisioneros de los enemigos que estaban á su acecho, arribaron por fin á Barcelona. Esperábele allí otra orden del ministro, en que les mandaba retirarse, al de Montemar á su encomienda, al de Castelar á Zaragoza, y que no salieran de estos dos puntos sin real permiso. Ambos obedecieron sumisos el mandato. Al fin el de Castelar, á quien no se podía hacer otro cargo que su estrecha amistad con el Duque, obtuvo despues permiso para venir á la corte: al presentarse á Campillo, le dijo éste: «Y bien, por no haberme creído V. E. se encuentra á pié.—Nunca esperé ménos de V. E.» le contestó el Marqués.

El de Montemar se ocupó en su destierro en escribir la justificacion de su conducta, y en demostrar los desaciertos y las intenciones de su adversario, y lo consiguió cumplidamente, y volvió á la gracia del Rey, pero esto no fué hasta despues de la muerte de su émulo, que sucedió á poco tiempo.

El cambio de jefes no influyó al pronto de una manera sensible en la guerra de Italia.

El de Gages se limitó á hacer un movimiento sobre Módena, mas luego se retiró á cuarteles de invierno; hicieron lo mismo los austriacos, y los sardos se volvieron á su propio país.

La reina de España no podía sufrir tan larga paralización en sus tropas; y casi á los principios del año siguiente pasó las más apremiantes órdenes al de Gages para que sin demora atacara al enemigo ó dejara el mando.

En su cumplimiento, el 3 de febrero de 1743, movióse el general español, y pasó el Tanaro sin dificultad, situándose en Campo-Santo.

No tardó en venir á buscarle el general austriaco Traun resuelto á dar la batalla, que aceptó el español; empenándose el día 8 un recio y furioso combate que duró hasta muy entrada la noche.

Aunque los españoles se proclamaron victoriosos, porque durmieron sobre el campo, y cogieron bastantes estandartes y cañones al enemigo, su pérdida había sido grande, y á la mañana siguiente tuvieron por muy prudente retirarse de prisa á Bolonia, sin atreverse á aventurar nueva batalla.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, ST.

COMBATE NAVAL EN LAS AGUAS DE TOLON.

CAPITULO XCVI.

Triple alianza contra Francia y España.—Alianza de Fontainebleau.—Muerte de Fleury y cambio de política en el gobierno francés. Expedición contra Inglaterra y su mal éxito.—Gran combate naval.—El rey de Nápoles rompe la neutralidad.—Los ejércitos de los tres Borbones pelean en el Norte y en el Mediodía de Italia.—Los dos príncipes Carlos y Felipe, cada uno al frente de un ejército. Apuros del rey de Nápoles en Veletri.—Su vuelta triunfante a la capital.

La corte de Francia, siguiendo la inexplicable política de Fleury, dejó pasar todo el año anterior en una apatía y una inacción injustificables, sin mover de la Provenza y el Delfinado las tropas que había de enviar al infante D. Felipe; por fin conoció, á fuerza de desengaños, que era menester forzar el paso de los Alpes y combatir al rey de Cerdeña, que había estado entreteniendo al gabinete de Versalles, mientras, haciendo un doble papel, andaba en tratos con la Emperatriz, valiéndose de los celos y las necesidades de ambas naciones para lograr sus fines. El Cardenal, que ya debía estar convencido de que era juguete de Carlos Manuel, se sorprendió cuando supo la alianza ofensiva y defensiva celebrada en Worms entre Austria, Inglaterra y Cerdeña el 2 de setiembre de 1743, en la que la reina de Hungría, además de ciertas concesiones que hacía al de Cerdeña, se comprometía á poner á sus órdenes treinta mil hombres en Italia, é Inglaterra á tener una fuerte escuadra en el Mediterráneo, sin contar con un cuantioso subsidio anual, y otro para el rescate de Finale.

Por fin Francia se convenció de la necesidad de estrechar más los vínculos de las dos familias de Borbon, y á la triple alianza de Worms opuso el tratado de Fontainebleau, que se intituló: «Alianza perpetua ofensiva y defensiva entre Francia y España.»

Después de garantizarse ambas naciones todas sus posesiones y sus derechos presentes y futuros, el rey cristianísimo se comprometía á sostener á Carlos en las Dos Sicilias; á ayudar á Nápoles y España; á conquistar el Milanesado para el infante D. Felipe con los ducados de Parma y Plasencia, á condición de que estos dos últimos los disfrutara la reina Isabel de Farnesio como patrimonio suyo durante su vida; á emprender las hostilidades contra el rey de Cerdeña; á declarar la guerra á la Gran Bretaña, auxiliar á los españoles en la recuperación de Menorca, y no dejar las armas hasta que les fuese restituida la plaza de Gibraltar.

Entre tanto, el infante D. Felipe había intentado abrirse paso á Lombardia con veinte mil hombres por el valle de Castel-Delfino; pero además de haber tenido que luchar con los obstáculos naturales que el país ofrecía y con el rigor y la intemperie de la estación, encontró al rey de Cerdeña muy apercibido, con su ejército alrededor de Saluzzo. Por tanto, después de haber llegado á Pont, retrocedió al Delfinado, temiendo verse interceptado por las nieves.

La muerte del cardenal Fleury y su reemplazo por el cardenal de Tencin, hombre de genio emprendedor y atrevido, de todo punto opuesto al pacífico y débil de su antecesor, contribuyó mucho á alentar á la Francia en la actitud resuelta que acababa de tomar.

Dos grandes proyectos formó para quebrantar el poder de Inglaterra.

Era el uno destruir su escuadra del Mediterráneo, atacándola las fuerzas navales combinadas de España y Francia.

El otro era promover una guerra civil en el seno de la misma Inglaterra, alentando y protegiendo los derechos que alegaba á la corona Carlos Estuardo, hijo del antiguo pretendiente, conocido por el caballero de San Jorge.

Un ejército de quince mil hombres, mandado por el conde de Sajonia, había de acompañar al caballero, protegiendo su travesía una escuadra de veinte navios de línea que cruzaría el canal de la Mancha.

La escuadra salió de los puertos de Rochefort y de Brest, pero la inesperada aparición del almirante inglés Norris con fuerzas muy superiores, frustró la empresa, obligando á los buques franceses á volver á sus apostaderos, cuando ya el pretendiente se hallaba á la vista de la tierra prometida, y sufriendo los barcos de transporte, á causa de los vientos, averías fatales.

El primer proyecto se había formado de acuerdo con la reina de España, que no podía sufrir que la escuadra inglesa tuviera encerradas en el puerto de Tolon hasta treinta y cuatro velas francesas y españolas, estorbando de este modo la conducción de tropas á Italia.

Mandaba los buques franceses el almirante Court y los españoles D. José Navarro.

Contaban los ingleses con veintinueve navios de línea y diez fragatas al mando del almirante Mathews y del vicealmirante Lestock, que estaban en desacuerdo por rivalidades y enconos mezquinos.

Moviése la escuadra aliada, acercóse á la enemiga y se empeñó un vivísimo combate, que se sostuvo con admirable ardor por ingleses, franceses y españoles por espacio de tres días.

Viéronse actos de heroísmo por una y otra parte. Manióbró el almirante francés con gran pericia. El inglés, que era solo en la lucha porque no pudo conseguir que tomara parte en la pelea su Vicealmirante, abrumado de fatiga, viendo averiados sus buques y desesperanzado de obtener ningún auxilio de Lestock, dió la señal de retirada é hizo rumbo á la isla de Menorca. Así que llegó á Mahon hizo arrestar á Lestock y le envió preso á Inglaterra; éste á su vez acusó al Almirante como criminal por su conducta en un combate que los ingleses miraron como un verdadero desastre.

Celebróse con festejos públicos en Francia y en España, y como una victoria completa; dióse á Navarro el título de marqués de la Victoria, y en tanto que la armada inglesa se reponía de sus averías, los españoles pudieron enviar sin estorbo socorros de todas clases al ejército de Italia.

Mientras de este modo se combatía en los mares, los tres soberanos de la casa de Borbon sostenían por tierra una lucha animada y viva en el Mediodía y en el Norte de Italia contra el imperio austríaco y sus aliados.

Ya sabemos que el general español Gajes, acosado por Lobkowitz, se había visto en la necesidad de refugiarse en el territorio napolitano para salvar su menguado ejército.

Grande embarazo era este para Carlos de Nápoles, que, violentado por los ingleses, se había comprometido á guardar una estricta neutralidad.

Por acuerdo de un gran consejo que celebró, y so color de hacer que se respetara esa misma neutralidad, y de prevenir el peligro que amenazaba á sus dominios con la inmediatez de los austríacos, ordenó que un cuerpo de tropas napolitanas avanzara hacia los Estados de la Iglesia.

Luégo, sabiendo de cierto que las armas de María Teresa iban á invadir su mismo reino, consideróse en el caso de romper aquella neutralidad forzada que se le había impuesto, y diciéndosele á su pueblo en muy sentidas frases, salió á ponerse al frente de su ejército para salvar su reino y auxiliar á su padre y á su primo, llevando para mayor seguridad la real familia á Gaeta, y dejando encomendado á una regencia el gobierno de las Dos Sicilias.

Hecho esto, marchó con diez y siete mil hombres camino del Abruzzo el 25 de marzo de 1744.

Desde Chieti determinó pasar á cubrir los pasos de San Germano y Monte-Casino, siguiendo los movimientos del general austríaco, que tenía veintisiete mil hombres.

Esta operacion, y la incorporacion que luégo se hizo de los ejércitos de Nápoles y España, obligaron al alemán á cambiar sus planes, y tomando el camino que conduce por Roma á Veletri, y cruzando rápidamente la Península, llegó á las inmediaciones de Roma en mayo, donde fué recibido como en triunfo y á su primo le facilitaron alojamientos y cuanto hubo menester.

Carlos de Nápoles había marchado también hacia Veletri, y tomó posición en una eminencia de aquella ciudad, distante sólo seis leguas de Roma, en los críticos momentos en que se descubrían ya las avanzadas austríacas.

Acampados ambos ejércitos en dos eminencias opuestas, separadas por un estrecho valle; pero dueño de la ciudad el de Nápoles, estuvieron algun tiempo observándose y respetándose.

El austríaco envió algunos destacamentos á las poblaciones circunvecinas que, al par que se proveían de vituallas, circulaban un manifiesto en que se excitaba claramente á los napolitanos á que volvieran á someterse al dominio de Austria, haciéndoles las más halagadoras promesas.

Aquel manifiesto llegó á Nápoles, y la capital contestó á aquellas excitaciones enviando á su Rey un donativo voluntario de trescientos mil escudos y una viva protesta de su lealtad.

En tal estado las cosas, intentó Lobkowitz ahorrarse tiempo y soldados dando un atrevido golpe de mano, por el que se proponía nada ménos que apoderarse del rey Carlos y del duque de Módena, que otra vez seguía sus banderas.

A este fin, la noche del 11 de agosto de 1744, como á las dos de la madrugada, seis mil alemanes penetraron por diferentes puntos en Veletri, matando los centinelas y degollando á los pocos soldados que por casualidad se encontraban. Muy poco faltó para que lograsen su intento de sorprender al Rey y al Duque que dormían en el palacio Ginneti, y hubieranlo conseguido á no avisarles el embajador francés en Nápoles que estaba allí y despertó al ruido; apenas Carlos y el de Módena tuvieron tiempo para vestirse y ponerse en salvo, pasando por medio de las bayonetas enemigas.

Por fortuna los invasores se entretuvieron en el saqueo, dando con ello lugar á que se repusieran del primer aturdimiento algunos regimientos de los aliados, que lanzaron de la ciudad á los agresores sembrando de cadáveres las calles.

Lobkowitz, con nueve mil hombres, fué á atacar entre tanto las trincheras que había en el monte de los Capuchinos, pero rechazado por el vivísimo fuego que le hicieron los españoles, tuvo que retirarse, abandonando los puestos ocupados.

Aunque la pérdida de los aliados en esta sorpresa fué grande y no se puede negar el mérito del general austríaco en prepararla y dirigirla, también él sufrió gran quebranto en su gente, y se persuadió que no era posible penetrar en los estados del rey de Nápoles.

Ambos ejércitos permanecieron más de dos meses en la misma situación, sin hacer más que hostilizarse con escaramuzas y algunos disparos de artillería, hasta que, por último, en 1.º de noviembre de 1744 levantó el alemán su campo.



DERROTA DEL REY DE CERDEÑA.